



¿QUÉ ES LA HISTORIA?

E. H. Carr

Ariel

HISTORIA

Índice

Portada	
Sinopsis	
Cita	
Introducción, por Richard J. Evans	
Nota introductoria, por R. W. Davies	
Prólogo a la segunda edición	
De los archivos de E. H. Carr: Notas preparatorias para una segunda edición...	
I. El historiador y los hechos	
II. La sociedad y el individuo	
III. Historia, ciencia y moralidad	
IV. La causación en la historia	
V. La historia como progreso	
VI. Un horizonte que se abre	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Desde su publicación por vez primera en 1961, *¿Qué es la historia?* de E. H. Carr, se ha confirmado como un clásico de introducción a la materia. Abrazando temas que van desde la objetividad histórica, la sociedad y el individuo y la naturaleza de la causalidad hasta la posibilidad de progreso, Carr nos ofrece un ingenioso e incisivo texto que aún hoy conserva el poder de provocar la controversia. Para esta nueva edición Richard J. Evans ha escrito una extensa introducción en la que expone los orígenes y el impacto de la obra, y confirma su importancia en la era del postmodernismo y el anhelo epistemológico del siglo XXI.

«Me maravillo a menudo de que resulte tan pesada, porque gran parte de ella debe de ser pura invención.»

Catherine Morland, hablando de la Historia
(Jane Austen, *Northanger Abbey*, cap. XIV)

INTRODUCCIÓN

Richard J. Evans

I

E. H. Carr (1892-1982) no fue un historiador profesional en ninguna de las acepciones del término admitidas hoy día. Jamás impartió clases en el departamento de historia de ninguna universidad. Estudió Lenguas Clásicas en Cambridge, antes de la Primera Guerra Mundial. Según confesó más tarde, en aquella época carecía totalmente de interés por la historia.¹ Tampoco hizo el doctorado, que actualmente es el recorrido habitual a seguir en la profesión académica. En 1916 se graduó y entró directamente en el Foreign Office, donde permaneció durante los veinte años siguientes. Durante ese tiempo invirtió sus ratos libres, mucho más abundantes de lo que ahora podría permitirse, en la redacción de biografías de escritores y filósofos del siglo XIX. En 1931 publicó un libro sobre *Dostoievski*, en 1933 un estudio sobre Herzen y su círculo (*The Romantic Exiles*) y en 1937 una biografía de *Michael Bakunin*. Asimismo comenzó a escribir críticas de libros y artículos sobre diplomacia contemporánea. En 1936 dimitió del Foreign Office para ocupar una cátedra en la Universidad de Aberystwyth, aunque de relaciones internacionales, no de historia.

De este modo, Carr llegó a ser conocido por un reducido, aunque de gran ascendencia, número de obras sobre política exterior, la más famosa de las cuales quizá sea *The Twenty Years' Crisis 1929-1939*, publicado en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Si cuando trabajaba en el Fore-

ign Office dedicaba cada vez más tiempo a escribir libros, ahora que lo hacía como profesor universitario invertía cada vez más tiempo en la práctica del periodismo. En 1941 se convirtió en *assistant editor* de *The Times* y redactó numerosos artículos destacados para este diario, hasta que lo abandonó en 1946. Es posible que el hecho de dedicarse plenamente a escribir para un periódico nacional no le granjeara las simpatías de sus superiores de Aberystwyth, pero cuando finalmente se vio obligado a renunciar a la cátedra fue por razones personales. Tras un lapso en el que se ganó la vida como periodista independiente, conferenciante y comentarista radiofónico, en 1953 obtuvo el cargo de tutor de ciencia política en el Balliol College de Oxford, antes de ocupar su puesto definitivo a partir de 1955 como miembro del Senior Research Fellowship en el Trinity College de Cambridge, donde permaneció hasta su muerte en 1982 a la edad de 90 años.²

Por esta razón, Carr aborda la historia desde la perspectiva de alguien que ha pasado su vida al servicio del Foreign Office y de un periódico nacional. Estas influencias y experiencias imprimieron un marcado acento a sus puntos de vista sobre la historia y la manera de estudiarla. Accedió a esta materia a una edad relativamente avanzada. Empezó la elaboración de su única obra histórica de envergadura, *History of Soviet Russia* en catorce volúmenes, publicada entre 1950 y 1978, cuando rondaba la cincuentena y cuando se puso a escribir *¿Qué es la historia?* ya llevaba tiempo retirado. Después aseguró que su interés por la historia nació durante la propia Revolución rusa, que contempló desde lejos siendo un joven auxiliar administrativo del Foreign Office británico en 1917. Sin embargo, ese interés permaneció aletargado durante muchos años hasta que despertó de forma definitiva y decisiva durante la Segunda Guerra Mundial, cuando, como a otros muchos británicos, aunque quizá de forma más absoluta y permanen-

te, le invadió la admiración y también la preocupación ante la entrada de la Rusia soviética en la guerra a favor del bando aliado en junio de 1941.³

La elaboración de su obra *History of Soviet Russia* enfrentó a Carr, según dijo, con temas clave como «la causalidad y el azar, el libre albedrío y el determinismo, el individuo y la sociedad, la subjetividad y la objetividad», que le abrieron un nuevo campo de esfuerzo intelectual. Cuando era estudiante en Cambridge, «un mediocre profesor de lenguas clásicas» le enseñó que el relato hecho por Herodoto de las guerras persas fue configurado y moldeado por su postura frente a la guerra del Peloponeso, que tenía lugar mientras escribía. «Ésta fue una revelación fascinante», confesó Carr años después, «y me hizo entender por vez primera en qué consistía la historia».⁴ Mientras investigaba y redactaba su obra sobre la Rusia soviética, Carr recogió esta idea e intentó encajarla con los problemas teóricos que planteaba su proyecto, en una serie de artículos escritos para *The Times Literary Supplement* durante los años cincuenta. El primero de ellos trataba la cuestión de la objetividad. Ésta tenía una especial importancia para él debido a que en la época en que se publicó el primer volumen de su historia, en 1950, la opinión sobre la Unión Soviética se hallaba polarizada entre los comunistas que no toleraban la menor crítica y que encontraban justificado e inevitable todo cuanto se refería a su desarrollo, por un lado, y los partidarios occidentales de la guerra fría que veían en el comunismo una amenaza para los derechos humanos y los valores democráticos no menos grave que la que había representado el nazismo y condenaban la existencia de la Unión Soviética como una abominable aberración, por el otro.

History of Soviet Russia de Carr constituyó un intento pionero de reconstruir detalladamente lo que sucedió en Rusia entre 1917 y 1933 a partir de las fuentes disponibles. Al propio tiempo, fue un serio intento de seguir el rumbo

entre los polos opuestos de la polémica en la guerra fría y de elaborar un relato que pudiera considerarse a la vez docto y objetivo. Pero ¿cómo podría definirse la objetividad en semejante situación? En 1950, cuando se publicó el primer volumen de su monumental obra, Carr proclamó con osadía: «La historia objetiva no existe.» Sin embargo, al mismo tiempo, en el primero de sus artículos para *The Times Literary Supplement* sostiene que intentar conseguirlo estaba lejos de constituir una empresa vana: «Afirmar que los falibles seres humanos están demasiado implicados en las circunstancias temporales y espaciales para alcanzar la verdad absoluta», escribió, «no es lo mismo que negar la existencia de la verdad; una negativa semejante destruye todo criterio de discernimiento y convierte cualquier enfoque de la historia en algo tan falso o verdadero como los demás». Evidentemente esta perspectiva no era muy satisfactoria. De modo que Carr optó por situarse en una posición «donde es posible sostener que la verdad objetiva existe, pero que ningún historiador o escuela de historiadores puede aspirar a conseguir por sí mismos más que una leve y parcial aproximación a ella». ⁵

No obstante, el problema no era de tan fácil resolución. En una reseña del libro *History and the Historians in the Nineteenth Century*, del eminente diplomático e historiador G. P. Gooch, que vio la luz por primera vez en 1913 y fue editada con un nuevo prólogo cuarenta años después, Carr destacaba la «inquebrantable fe en la posibilidad de establecer los hechos, y una vez establecidos, en el valor de éstos para la Humanidad». Esta fe era consecuencia de la formación de Gooch en la tradición historicista de Leopold von Ranke, erudito del siglo XIX que le enseñó a describir el pasado «tal como fue en realidad». Sin embargo, continuaba Carr, el Gooch de 1952,

sabe que el mundo ha avanzado mucho en los últimos cuarenta años y no es posible que la actual generación acepte esta fe absoluta e incondicionada en la preeminencia y el único mérito de los hechos históricos... Ya no se puede poner en duda que nuestra investigación de los hechos históricos y nuestra identificación de los mismos al detectarlos, están necesariamente determinadas por las —quizá inconscientes— ideas y suposiciones que guían la investigación. La profunda convicción de que los «hechos» son neutrales y de que el progreso consiste en descubrirlos y aprender de ellos es producto de una concepción racional-liberal del mundo que hoy día no puede darse por su puesta, como lo era para nuestros antepasados, situados con mejor fortuna en el siglo XIX.

No obstante, al mismo tiempo, Carr admitía que la distorsión de la historia efectuada por el régimen de Stalin en la Unión Soviética, su mutilación de documentos y su falsificación de archivos históricos, ponía de manifiesto que la libertad de conocimiento tenía mayor importancia que nunca.⁶

Meses más tarde, Carr volvió a ocuparse de las tensiones pendientes que el artículo había puesto de manifiesto y trató de desarrollar un poco más sus razonamientos. ¿Cuál era la relación existente entre el historiador y los hechos?, se preguntaba en otro artículo para *The Times Literary Supplement*, que apareció en junio de 1953.

Entre el pasado y el presente, hay un camino de dos direcciones, el presente se configura a partir del pasado y, al mismo tiempo, lo recrea constantemente. Si bien es cierto que el historiador hace la historia, no lo es menos que la historia ha hecho al historiador... El actual filósofo de la historia, que esforzadamente mantiene un difícil equilibrio entre los riesgos del determinismo objetivo y el pozo sin fondo de la relatividad subjetiva, consciente de que pensamiento y acción se hallan inextricablemente entrelazados y de que la naturaleza de la causalidad, tanto en la historia como en la ciencia, parece tanto más escurridiza cuanto mayor es la firmeza con que se pretende asirla, está más ocupado planteando interrogantes que respondiéndolos.⁷

Algunos de estos planteamientos resurgen en *¿Qué es la Historia?* Pero, con toda seguridad, Carr no podía creer de verdad que los historiadores se ocupaban únicamente de formular preguntas, puesto que en su *History of Soviet Russia* se dedicó a contestarlas casi en cada página. Por lo tanto, la cuestión quedó pendiente.

En 1960 probó suerte de nuevo con el problema de la objetividad en un debate acerca de la inclinación nacionalista de los manuales de historia. Aquí le encontramos de un humor paradójico:

Lo embarazoso de la historia es que la tendenciosidad parece ser un elemento esencial de ella —incluso en la de mejor calidad—. La realidad es que, pese a lo que se diga, los hechos «no hablan por sí mismos» o, de hacerlo, es el historiador quien decide qué hechos han de hablar, pues no puede concederles la palabra a todos. Y la decisión del historiador más concienzudo —de los historidores más conscientes de su trabajo— vendrá determinada por su punto de vista, que los demás podrán calificar de tendencioso. No sería del todo cínico afirmar que el mejor historiador es aquel que tiene la mejor tendencia y no aquel otro, inexistente por otra parte, que carece de ella.

Desde el punto de vista de Carr, en este caso era mejor la tendencia internacional que la nacional, lo que significaba la renuncia a escribir la historia como un acto de patriotismo, tal y como hicieron los historiadores alemanes en sus debates sobre el Tratado de Versalles y sus consecuencias, considerar el pasado reciente de Alemania y su lugar en el sistema internacional a partir de 1919, desde el enfoque del propio sistema internacional. No obstante, hay que cuestionar si «tendencia» es la palabra idónea para eso. Lo que en realidad quiso decir Carr es que en los últimos años los historiadores alemanes habían empezado a ser *menos* tendenciosos porque, al examinar su pasado, habían comenzado a ver más allá del limitado interés nacional de su propio país. «Es razonable pedir al historiador», concluía

Carr, «que encabece los movimientos progresistas e ilustrados de su tiempo, en lugar de ir a la zaga». ⁸ Sin embargo, ¿quién decide lo que es progresista e ilustrado y lo que no lo es? Carr tampoco logró resolver el problema de la objetividad de modo satisfactorio. A todas luces, se hallaba dividido entre la sensación de que la objetividad estaba amenazada por la polémica de la guerra fría y la creencia de que la objetividad, en cualquiera de sus acepciones tradicionales, era una ambición imposible que ningún historiador podía razonablemente esperar alcanzar. Estas tensiones en el pensamiento de Carr afloraron de un modo bastante diferente a principios de los años sesenta, cuando intentaba atar todos los cabos sueltos en *¿Qué es la Historia?* ⁹

II

«La historia», escribió Carr en una reseña publicada en 1954, «no valdría la pena de ser escrita ni leída si careciera de sentido». Para su pensamiento fue crucial cuestionarse la «suposición de que en la historia las explicaciones importantes han de hallarse en los propósitos conscientes y las previsiones de los *dramatis personae*». ¹⁰ Pero ¿de dónde procede el significado en historia? Aquí Carr desarrolló sus ideas en el curso de una larga controversia con el filósofo e historiador de las ideas Isaiah Berlin, un amigo con quien tenía la suficiente intimidad como para tutearse, algo poco corriente según las normas de la época. Los dos compartían un conocimiento y un interés profundos por la literatura y el pensamiento rusos. Ambos estaban vivamente influidos en sus ideas políticas por la tradición liberal inglesa. Pero en lo tocante a la Unión Soviética, disentían. A pesar de ser crítico con muchos aspectos del régimen comunista en Rusia, Carr nunca perdió por completo la simpatía que éste despertó en él durante su lucha contra Hitler en la Se-

gunda Guerra Mundial. Por el contrario, como refugiado de la Rusia soviética, Berlin carecía de tal apego. Durante los años cincuenta llegó a ser uno de los principales portavoces de los valores liberales «occidentales» y en contra de la teoría e ideología comunistas, a ambos lados del Atlántico.¹¹

En 1950, Berlin hizo la crítica del primer volumen de *History of Soviet Russia* en términos que no dejaban lugar a duda sobre su desacuerdo con el método y el espíritu de la obra. Carr había escrito en el prólogo de su libro que su intención «no era escribir la historia de los acontecimientos de la revolución..., sino del orden político, social y económico que surgió de ella». De modo que su libro aspiraba a proporcionar «no un registro exhaustivo de los sucesos del período al que se refiere, sino un análisis de los acontecimientos que perfilaron las principales líneas de su desarrollo». ¹² Así, por ejemplo, examinó con minuciosidad y detalle el desarrollo del pensamiento bolchevique respecto a toda una gama de temas antes de 1917, pese a que en esa época los bolcheviques tenían escasa o nula importancia en la Rusia de la época, porque su pensamiento fue crucial en la formación de las políticas que implantaron los bolcheviques tras su acceso al poder. Por otro lado, omitió cualquier consideración acerca de los sucesos de la revolución, las fracasadas alternativas a los bolcheviques o el violento conflicto de la guerra civil.

Para Carr, que escribía desde la perspectiva de un mandarín con muchos años a costas de servicio en el Foreign Office, lo que importaba era el proceso de construcción del Estado y la formación de las políticas estatales. Y al igual que otros muchos funcionarios interpretaba a pies juntillas los documentos oficiales generados por el Estado, las políticas formales, constituciones y documentos legislativos. Su biógrafo, Jonathan Haslam, destacó que la experiencia diplomática de Carr «menguó la idea de que cualquier situación podía tener una multitud de posibles desen-

laces; una vez acontecido un suceso, cuando pasaba algo, bueno o malo, el diplomático lo aceptaba y pasaba a la acción». Y esto «acentuó su identificación con los gobernantes más que con los gobernados... al escribir su *History of Soviet Russia*, Carr trasladó su temprana identificación con la clase dirigente británica a la casta dirigente de la Rusia soviética». ¹³

Berlin encontró este proceder básicamente censurable. En su reseña del libro, lamenta que «Carr considere la historia como una sucesión de acontecimientos regidos por leyes inexorables». Carr pensaba que la tarea del historiador consistía en dilucidar cuáles eran estas leyes y cómo funcionaban «sin tan siquiera echar una ojeada a los antecedentes, a las posibilidades no realizadas en las que se depositaron grandes esperanzas y temores, y menos aún a las víctimas y los damnificados durante el proceso». Por ello, acusaba a Carr de que

ve la historia con los ojos de los vencedores; para él, los perdedores casi se han descalificado a sí mismos como testimonios... Si los restantes volúmenes de Mr. Carr igualan este impresionante inicio, constituirán el desafío más monumental de nuestro tiempo a ese ideal de imparcialidad, de verdad objetiva y de equidad en la redacción de la historia, que están firmemente enraizados en la tradición liberal europea. ¹⁴

Por consiguiente, según Berlin la aproximación de Carr a la historia era todo menos objetiva. Quizá pensó que si mostraba una tendencia, debía ser la mejor de todas. Obviamente, Berlin no compartía su opinión.

En 1953, Berlin se explayó acerca de su visión de la historia persistiendo en sus ataques a Carr, aunque de forma menos explícita. Michael Ignatieff, su biógrafo, describió la conferencia sobre Auguste Comte que pronunció en la London School of Economics ese año «como una impresionante exposición de sus principales ideas». Según afirmó Berlin en la conferencia, que más tarde se publicó ampliada